

Ocurrió hace unos meses.

Mi vida no era más exótica que la de cualquiera de las personas en mi barrio. Me levantaba, iba al trabajo, ocho horas en aquel habitáculo aburrido, pero todos tenemos nuestros problemas. Volvía y allí estaba ella, una exitosa abogada de Valencia.

Ana tenía dos años menos que yo, y había sido criada en una familia acomodada de Valladolid. Se doctoró con honores en Derecho, siempre fue muy lista. Desde aquel momento, había defendido a muchísimas caras conocidas.

Ojos marrones en los que me perdía cada día, pelo rojizo que caía sobre sus hombros, y una sonrisa de esas que solo ves tres o cuatro en tu vida. Cada vez que te sonreía parecía confiar y creer en ti. “¿Quién no caería enamorado de ella?” pensé el día que la conocí. Y tuve toda la suerte del mundo: ella también se enamoró de mí.

Poco tiempo pasó hasta que yo decidí que estuviera conmigo todos los días de mi vida. Solo había un pequeño problema: ella venía de una familia católica y yo era musulmán. Ay, ¿por qué?

Mi familia nunca aprobó mi relación con Ana, y nunca les hice caso. Pero ahora me iba a casar... ¿Cómo reaccionarían? Pues mal, reaccionaron mal. Se negaron a venir a la boda y dejé de tener contacto con ellos.

Pero me dio igual. Llevé rosas a casa y cuando volvió del trabajo le di la sorpresa y le pedí matrimonio. Y aceptó. No podía ser más feliz. ¡Aceptó!

Realmente ni ella ni yo teníamos problemas. La boda sería civil y pasaríamos la luna de miel haciendo un tour por los países de la cultura de mis ancestros. Estaba todo planeado y juntamos lo suficiente durante los meses previos para no tener que preocuparnos por el dinero.

Llegó la ceremonia. Muy bonita, por cierto. Ella, con un vestido blanco que hacía resaltar aún más sus ojos. No podía creerme que fuera a casarme con Ana. Era mi sueño desde el momento en que la conocí.

Tras un convite espectacular y la noche de bodas, partimos a Jerusalén. ¡Qué alegría era saber que iríamos a un lugar sagrado para ambos! No encontraba mejor manera de celebrar nuestra unión.

Y tras pasar por Egipto, Israel y Arabia Saudí hacíamos una parada en una ciudad de Pakistán antes de llegar a Islamabad: Peshawar.

¡Cómo hubieran cambiado nuestras vidas sin esa parada!

Estábamos en medio de aquella ciudad infestada de gente, un poco más atrás del grupo de turistas que realizaban el mismo tour que nosotros. Nos paramos un momento en una tienda donde ofrecían algunos recuerdos de aquel lugar. Ana veía las joyas cuando un brazo emergió de la nada y tiró de ella. Las personas del lugar ni se inmutaban. Yo, tras

un segundo de shock, decidí ir tras esa persona que había cogido a Ana, pero tras unos segundos de persecución, el secuestrador sacó una porra de su bolsillo y me la estampó en la cabeza.

Recuerdo que cuando desperté veía algo borroso, aún así supe dónde estábamos.

Era un zulo de no más de cinco metros cuadrados. Dentro, un hombre tapado de pies a cabeza le daba latigazos a mi mujer. “¡Detente!” grité. Entonces dos más me agarraron de los brazos, uno de ellos sosteniendo un cuchillo a la altura de mi cuello. Los alaridos de dolor de Ana podían haberse escuchado a dos kilómetros de dónde quiera que estuviésemos.

Me amordazaron y me sacaron de allí. Yo, entre lágrimas, gritaba desconsolado que dejaran de torturarla. Pero nadie me oía.

Me llevaron a una zona desértica, donde uno de los secuestradores se destapó y empezó a hablarme. Por suerte, conocía la lengua árabe desde niño. Llevaba el símbolo de Estado Islámico tatuado en el cuello. “¿Qué hemos hecho para merecernos esto?” preguntaba.

“Tu mujer no llevaba el velo islámico” me respondió “y eso es delito en nuestro Corán”.

Yo no podía creerme que tal castigo fuera impuesto aquí por algo tan simple.

“Amigos míos” intentaba persuadirles, aunque nunca cambiaron su serio semblante “mi querida esposa no está familiarizada con nuestra cultura. Yo, como vosotros, soy musulmán, pero del país del que venimos no se obliga a las mujeres a llevar esta vestimenta. Lo siento si les ha ofendido” y creí que lo había logrado. Los hombres allí presentes se miraron con incredulidad unos a otros. De repente uno cortó el silencio con una carcajada y me dio algunas palmaditas en la espalda diciendo: “Musulmán, ¿eh?”, mientras otro, que no reía, me dijo: “Si eres musulmán, ¿por qué no te unes al movimiento que busca un islam libre y glorioso?”.

Yo negué con la cabeza: “Tengo mucho trabajo en España... no sé si podría...”.

“No tendrías que trabajar aquí. Hoy en día, muchas personas trabajan desde todos los lugares del mundo para nuestro glorioso Estado Islámico” dijo un tercero que no parecía caerle bien.

“Sí, pero es que...”

“¿Quieres recuperar a tu mujer?” me cortó el hombre que, hacía un minuto, se había reído conmigo.

“¿Cómo?” respondí yo, incrédulo ante tal chantaje.

“De momento, no podemos sacar a tu mujer de nuestro país... Tiene que, ya sabes, cumplir con su condena”.

“¿Y NO ES SUFICIENTE CONDENA LA QUE YA LE ESTÁIS PROPINANDO?”.

Perdí los papeles. Lo sé. Pero el que estaba al lado de mí los perdió más aún. Sacó una pistola y me apuntó directamente a la cabeza. Entonces otro, muy sosegado, me habló: “Mira, vas a hacernos unos cuantos ‘favores’ allí en España. Reclutas gente, montas páginas, lo típico... No se te ordenará en principio organizar ningún atentado allí, te devolvemos a tu mujer, tú eres feliz, ella es feliz, ¡todos contentos!... ¿Te parece bien?”.

Asentí con la cabeza, y dos horas después ya había cogido un vuelo hacia Madrid. Desde allí, volví a Valencia.

Pasaba el tiempo y yo creaba páginas a favor de Estado Islámico, reclutaba gente para sus filas. Y lo hacía mejor que nadie. Solo quería verla, aunque fuera una última vez. Quería ver sus ojos y volver a perderme en ellos, quería volver a ver esa sonrisa que dejaba en segundo plano a la más luminosa de las estrellas.

Pero pasaron varias semanas. La familia de Ana contactó conmigo; estaban preocupados. A mí solo se me ocurrió decirles que me había abandonado y se había marchado a una isla paradisíaca. Ellos, aún incrédulos, dejaron pasar mi historia sin pedirme más explicaciones.

Y un día decidí que debía luchar por mi amor. Colgué mi historia en varios portales de Internet, lo conté a la prensa digital y a todas las personas que pude. Su familia no paraba de pedir que les explicase por qué no había hablado antes, y yo solo podía responder que no quería que le hicieran más daño del que ya le habían hecho a Ana.

Pasaron un par de días, y al llegar un día a casa, me encontré con que la habían asaltado. Había cristales rotos y el portátil que había dejado en la mesa del salón había desaparecido. Y lo más macabro: dejaron una nota escrita en sangre que rezaba: ¡Alá es grande!

¡Ellos! ¿Cómo se habían dado cuenta? Pedí discreción a todos solo por eso.

Pero yo no sabía lo que me venía encima. Mientras investigaba por si no me habían robado más objetos, llamé a la policía para que viniera a conocer la situación. Y llegaron.

Al momento, empezamos a notar algo extraño en la casa. Al llegar al salón, la inscripción en sangre seguía en el suelo, solo que al lado apareció el cuerpo desmembrado de Ana. Justo al lado de ella, había un cuchillo y una pistola. Me quedé en shock. Los policías me miraron y dijeron: “Con que robo, ¿no?”. La pistola era indudablemente mía, y uno de los guardias lo sabía, ya que me saqué la licencia de armas junto a él. A Ana le habían pegado un balazo en el corazón y otro en el cuello. Murió desangrada, al parecer. Y nunca pudieron desmentir que no había sido yo.

Mientras iba a prisión, recibí una llamada. Me habló una voz muy conocida:

“No debiste hacer eso, amigo. Es una pena, Ana parecía buena chica, y para estar atada no se comportaba mal en la cama. Una lástima que amenazases de tal manera a nuestro movimiento”.

Colgó, y yo me eché a llorar. Durante aquel viaje sin retorno, pensé en lo que fue Ana, en sus ojos y su sonrisa, nuestra boda, nuestra vida, juntos, que era perfecta... Y envuelto en lágrimas cerré los ojos, y me limité a esperar. Al fin y al cabo, a partir de ahora iba a tener mucho tiempo para pensar...